

Carta abierta al Sr. Roland T. Ely

Manuel Moreno Friginals

MIAMI, 15 DE JULIO DE 1999

Distinguido profesor:

He recibido su extraña carta de fecha 13 de junio, con documentos anexos que forman un total de 16 hojas en la forma siguiente: carta personal dirigida a mí de dos páginas con copia al Dr. Oscar Zanetti y al Lic. Manuel López (tarjeta suya personal adjunta con su dirección en Venezuela); copia fotostática del documento manuscrito, en papel timbrado de Johns Hopkins University, por mi amigo el Prof. Franklin W. Knight donde se estipula que usted fue incluido entre los académicos autorizados, por la Licencia C-36680 del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, a viajar a Cuba como participante en el Congreso Anual de Historiadores del Caribe celebrado en La Habana. Adjunto a este documento hay dos páginas fotocopiadas de dicha licencia. En otra página aparecen fotocopiados el mensaje dejado por mi hija Beatriz Moreno Masó a usted en el Hotel Habana Tryp y una tarjeta de la Dra. Sherry Johnson del Departamento de Historia de Florida International University, con su dirección y su nombre tachados, y el mío escrito a mano en la parte superior; finalmente, un grupo de hojas fotocopiadas y presilladas que incluyen la portada de la revista *Debates Americanos*, N° 2, Julio-Diciembre 1996, el índice de contenido de dicha revista, y el artículo «Cuando reinaba su majestad el azúcar. Entrevista a Roland T. Ely» por Pablo Mariñez, comprendiendo esto último un total de ocho hojas (pp. 65-72).

Este inusitado exceso documental en una carta a alguien que usted mismo califica de «estimado y apreciado amigo» enmascara lo que en realidad no es más que una acusación sumamente delicada que usted ya hizo pública en la entrevista que aparece en *Debates Americanos*, la cual yo desconocía. Se trata del destino que debe dársele a un grupo de documentos históricos que usted me entregara en Caracas, sin darme detalles sobre su procedencia, y que yo repatrié a Cuba. En Caracas, donde estuve poco tiempo en esa ocasión, no tuve oportunidad de revisar dichos documentos. Dice usted en la citada entrevista que Don Julio Lobo, a quien usted conoció en Cuba (p. 69), le había dado los mismos «para cuidar» (p. 71). Añade que usted los tenía en Estados Unidos y luego los trasladó a Venezuela, donde al fin me los entregó a mí (p. 71). Por lo

tanto se trata de un patrimonio histórico cubano que yo no saqué de Cuba, sino reintegré a Cuba, mi patria.

Una vez en Cuba tuve ocasión de verlos detenidamente. Para mí no contenían información nueva. Se trataba de cartas cruzadas entre Tomás Terry y Moses Taylor. Tomás Terry me era una figura muy familiar, no sólo por la importancia extraordinaria que tuviera en el siglo pasado, sino también porque mi padre, Elpidio Fausto Moreno y Uría, fue administrador del Ingenio Juraguá que Terry fundara. En mi obra *El Ingenio* (premio Clarence H. Haring de la American Historical Association para el quinquenio 1977-1982), defino a mi padre como hombre de memoria prodigiosa que me transmitió su enorme experiencia como administrador de grandes ingenios, entre los que también se encuentra el otro ingenio que usted citara en la entrevista, el Soledad de la familia Atkins (p. 69). Mi padre conoció muy de cerca los negocios azucareros de Atkins y Terry. Por mi padre conocí la vieja oficina de Terry donde entre el polvo y los años se guardaban esos documentos de los que usted habla. Se equivoca usted nuevamente al declarar que los documentos de Terry «nadie los había tocado durante cerca de 80 años» (p. 67), ya que fueron los primeros que consulté en la difícil etapa de aprendiz de historiador a finales de la década del treinta. Allí se encontraban cartas de Moses Taylor a Terry, como en la Biblioteca Pública de Nueva York se encuentran cartas de Terry a Moses Taylor. Estos documentos los vi, anoté la información y los dejé en el lugar correspondiente. Véase mi artículo publicado por la revista *Lux* en La Habana en 1941 (cuando yo tenía veinte años) «Del esclavo al obrero asalariado». Cuando vi los documentos que usted me entregó, reconocí de inmediato su procedencia.

Además de afirmar que Julio Lobo le entregó dichos documentos, declara usted que él «tenía ganas de escribir un libro, o usar un libro manuscrito por otro, para ponerle su nombre» (p. 69). Conocí a Don Julio y admiré su enorme capacidad empresarial, así como su integridad y su amor a la historia. A Don Julio le debemos el más grande museo Napoleónico fundado fuera de Francia. Gracias a Don Julio Cuba posee la mejor biblioteca azucarera del mundo. Gracias a él llegaron a Cuba documentos de todo el mundo azucarero y nunca permitió que esta riqueza documental se sacara de Cuba, ni necesitó que alguien le escribiera un libro sobre un tema que él conocía mejor que nadie.

Finalmente, una palabra más sobre Don Julio Lobo a quien tanto debe la cultura cubana. ¿Cómo puede usted afirmar que Don Julio adquiría ingenios «para darse categoría social» (p. 69) mientras «los inversionistas norteamericanos más astutos» vendían los suyos (p. 69)? Demuestra así usted una insondable ignorancia azucarera. Don Julio, como usted menciona, controlaba «la venta de la mitad de la zafra de azúcar de Cuba, y la tercera parte de Puerto Rico» (p. 69). Para llevar este control necesitaba tener siempre, y ahora voy a utilizar la frase de Don Julio, «más de medio millón de toneladas en la muñeca». Esto se entiende cuando se conoce la diferencia entre el azúcar físico, que producen los ingenios, y el azúcar bursátil que era el negocio al que se dedicaba astutamente Don Julio, y que lo llevó a convertirse en el hombre

más rico de Cuba. Eso sólo se lograba poseyendo ingenios, aunque algunos de ellos dejaran pérdidas. Don Julio negociaba en la bolsa, no con sacos llenos de azúcar, pero como protección tenía que tenerlos «en la muñeca» en caso de que fuese necesario.

Después de revisar los documentos que usted me entregara en Caracas, quedaba el problema de a dónde destinarlos para que sirvieran como fuente a futuros investigadores. Tomar esa decisión se me planteó en un momento en que sabía que los archivos de las asociaciones de hacendados azucareros y colonos cañeros estaban siendo destruidos por incuria oficial. También sabía que no se estaban haciendo esfuerzos por preservar este tipo de documentos, pues yo personalmente doné película de microfilm con el propósito de fotografiar documentos que estaban desintegrándose en archivos y bibliotecas nacionales y no pude conseguir que los funcionarios se interesaran en esa labor. Conocía las dificultades burocráticas que jóvenes investigadores tenían que salvar para consultar cosas tan elementales como periódicos de tan sólo diez o quince años atrás: hasta para eso necesitaban un permiso especial. Así que decidí mantenerlos en mi poder donde siempre estuvieron, junto con mi biblioteca, a la disposición de investigadores nacionales y extranjeros. Es precisamente por esta ayuda prestada a investigadores norteamericanos que la American Historical Association me honró ese año haciéndome Socio de Honor.

Creo que fue a finales del año 1991-1992, cuando le entregué muchos de los documentos históricos que tenía en mi poder, incluyendo parte de los que usted me dio, al Dr. Eusebio Leal Spengler, por considerarlo un excelente curador e íntegro funcionario. El resto de los documentos, que usted ahora califica patrimonio nacional, se encuentra como usted indica en mi casa en Miramar, es decir en **Cuba**. Es muy posible que continúen deteriorándose, como usted menciona en su carta, por las actividades destructoras de insectos y hasta ratones. Sin embargo, en cuanto al patrimonio nacional se refiere creo que la destrucción de insectos y ratones ha probado ser históricamente mucho menor a la que actualmente está teniendo el dólar. A pesar de ello, le he indicado a mi hija que los entregue a las autoridades pertinentes. Y, quien sabe si a la larga tendrán nuevamente que ser repatriados.

Sin otro particular a que hacer referencia, me despido de usted apreciado amigo.

Atentamente

MANUEL MORENO FRAGINALS

Cc: Franklin W. Knight